

Sandra Gayol. *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2008, 284 p.

Juan Pablo Garcia Saggio
Departamento de Historia
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

La noción de honor ha desaparecido de nuestro vocabulario cotidiano. Su uso es obsoleto y tiene algo de arcaico. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, el panorama puede ser muy diferente. Tal como lo plantea la autora, el propósito de este libro es “reconstruir la historia del duelo y del honor, descubrir los motivos de su impresionante visibilidad y de su evidente ocaso”. Honor y duelo en la Argentina moderna llena, sin duda, un vacío historiográfico sobre un tema apasionante. Los trabajos que se ocupan del tema en Buenos Aires son escasos, y siempre relacionados a otras cuestiones. Tal el caso, por ejemplo, de otros autores que hacen referencia a pretéritos y remotos enfrentamientos por el honor que emerge a la vida pública en la historia de nuestro país, interpretando todo ello como un signo más de la ostentación de las clases acomodadas y del dispendio de la irracionalidad del capitalismo argentino. Gayol, por su parte, toma nota de la historiografía europea, en la que el honor y el duelo tienen toda una tradición en investigación. Sin embargo, en el caso argentino, como ella lo señala, ni las teorías weberianas de pasaje del “ethos del honor” al “ethos del interés” ni tampoco la teoría de la consolidación del estado centralizando apropiándose del monopolio de la violencia, que son resaltados por los casos de estudio europeos, se ajustan completamente a la Buenos Aires de finales del siglo XIX y principios del XX.

Arraigado en la historia cultural, este trabajo intenta comprender la racionalidad de la práctica del duelo, poniendo la cultura como centro y no como epifenómeno. La autora, por lo tanto, propone mirar la retórica del honor y la práctica del duelo desde el punto de vista de la significación cultural en medio de un proceso histórico en “ebullición”. Es por ello que, como nos dice, “la reputación, las formas de defenderla, los valores que de ella emanan, sus dimensiones simbólicas, y los comportamientos observados... son centrales para comprender los recursos generados y apropiados por una sociedad, o por un sector de ella, para proponer un orden y para fabricar la diferencia”. La dirección que Gayol le imprime a esta investigación desafía las dos miradas convencionales sobre el tema: “la que sostiene que el duelo fue un hecho marginal en la vida social y política, y



la que piensa que el honor y el duelo constituyen prácticas genuinas solo en una sociedad jerárquica, con escasos habitantes, relativamente estable y estamental". Por el contrario, el libro sostiene la idea que ambos, honor y duelo, fueron vitales en el proceso de construcción de la modernidad Argentina.

Los primeros tres capítulos relatan las injurias y los escenarios en los que se expresaban. El foco está puesto en la variedad de formas de la emergencia del insulto, los contextos en los que irrumpe y las variaciones de significado en el curso del tiempo. Si bien la calumnia y la injuria no fueron una invención de las últimas décadas del siglo XIX, en esa época sufrieron cambios significativos. Además de la temperancia y la moderación paulatina del lenguaje hubo otras transformaciones evidentes. En los años ochenta, los cambios en la estructura social y la recomposición en los niveles de decisión política, alteraron el lugar que ocupaba cada individuo. El honor pretendió ordenar y hacer más inteligibles las interacciones cotidianas de los hombres de las urbes. Los escritos injuriosos se impusieron por sobre las agresiones físicas, que cada vez más se hicieron menos dignas de las personas consideradas "honorables". Las acusaciones frecuentes eran las de corrupto, ladrón y cobarde. Como en otras sociedades de la época, la riqueza y el saber, en tanto valores del capitalismo, fueron fundamentales y reemplazaron o menguaron la preponderancia en valores físicos y morales validados en sociedades más precarias y desorganizadas. En un sistema político donde imperaban las lealtades personales y la personalidad de los dirigentes primaba sobre las plataformas y los partidos, la superposición de conflictos políticos y querrelas personales era comprensible. Más allá de que en el siglo XIX se crearon nuevos partidos políticos en la Argentina, la institucionalidad siguió siendo débil. La falta de estructuras o su precariedad, aunada a la carencia de políticas y programas, continuó favoreciendo la primacía de los vínculos personales y los liderazgos fuertes. Estas características ligadas entre sí alimentaban la sensibilidad hacia el honor personal y propiciaban el insulto. En Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del XX, era necesario mantenerse alerta a las maneras y tonos en que se era invocado, y a la imagen que la propia opinión pública podía construirse a partir de estas referencias. Era necesario estar atento y responder, afirma Gayol. Los valores asociados con el honor que defendían los políticos se asentaban en el mérito, y debían defenderse y reforzarse públicamente a partir de las propias obras. La diferencia como lo sostiene este libro no la establecía tanto el honor sino su modo de defensa.

Sigue, en el libro, la parte donde se analiza el duelo como forma más moderna sofisticada y elegante de solucionar un conflicto de honor. En el capítulo cuatro se busca descubrir quienes estaban habilitados para "exigir y dar satisfacción" por medio de las armas, y quienes estaban excluidos de tal posibilidad. La autora propone que los requisitos fundamentales para participar en el círculo de duelistas eran el de practicar conductas públicas propias, contar con

un capital social que pudiera ser movilizado para elegir padrinos o para integrar un tribunal de honor, y poseer un conocimiento detallado del código de honor. Entre las profesiones de los batientes, sobresalían los abogados y los militares. En cierto sentido, los duelistas se oponían a ser definidos solamente por su vida social y profesional. Ellos reclamaban el derecho, fundado sobre su instrucción y su “cultura espiritual”, de presentarse a sí mismos en tanto personas. Esta versión enfática del individualismo alimentaba un contrapunto de la modernización económica, técnica y social que promovía simultáneamente la diferenciación funcional, la división del trabajo, y la pluralidad de roles. Caballero era aquel que mostraba y compartía cierta forma de vida, un conjunto más o menos preciso de normas, de dogmas y de comportamientos y no aquel que pertenecía a una clase determinada de propietarios, profesionales o funcionarios.

En el capítulo cinco se reconstruyen el proceso y los mecanismos puestos en práctica por algunos hombres para incorporar el código de honor, y se atiende especialmente a los medios y modos que facilitaron esta apropiación. Sandra Gayol argumenta que no se trataba de cualquier acto de violencia que las elites consentían y recomendaban a sus miembros, sino que era un tipo de violencia formalizado con extrema precisión, un ritual elaborado con minucioso detalle que identificaba a sus miembros y los separaba de los otros. En Buenos Aires, este comportamiento socialmente estratégico que pregonaba valores como el coraje, la celeridad para responder, el vigor físico, la predisposición para defender la reputación con las armas en la mano, se adoptó a fines del siglo XIX. Este ritual que dictaba el comportamiento de las personas en sus relaciones mutuas, las distanciaba social y políticamente de otras. Y estos “otros” eran los hombres comunes que no pertenecían a la “sociedad de la satisfacción”, y que defendían su honor de manera diferente. Así, el duelo se convirtió en uno de los símbolos más importantes de diferenciación entre los hombres superiores y los hombres inferiores de la sociedad porteña. Esa profunda brecha es explorada en el capítulo siguiente, donde se muestra que la transformación del duelo en un comportamiento socialmente estratégico, de diferenciación social y política fue posible por la brutal disociación con el duelo popular o formas violentas de dirimir diferencias o rivalidades políticas. Los duelos demostraban valores y actitudes vinculados con imágenes masculinas. La disociación en el plano de las representaciones y de las prácticas entre los “duelos populares” y los “duelos entre caballeros” debe entenderse también como el intento de desterrar un “modelo” masculino asociado con el pasado y al mismo tiempo demostrar al duelo entre caballeros como el máximo exponente de la “masculinidad nueva”. La violencia, la rudeza y la destrucción, pertenecían al carácter masculino, pero debían ser disciplinadas. El “carácter masculino” moderno incorporó la violencia en su forma restringida y ritualizada, incorporación que podía palpase en la puesta

en escena de los “duelos entre caballeros”. El duelo en sus estilizadas formas limpiaba las conductas de todos estos excesos y colocaba simbólicamente a sus participantes por encima de un pasado interpretado como bárbaro.

Los duelos que se presentan en el siguiente capítulo son interpretados como una forma de enfrentamiento legítima y legitimante. La autora nos lleva a comprender que los desafíos deben ser leídos en términos de las luchas políticas del momento. El sufragio y las elecciones como única vía de acceso a los cargos de índole representativa brindaron sobrados argumentos para la emergencia de discursos caballerescos. Un ataque a una medida política era visto como un ataque personal. Así, el camino pautado por el código de honor era el modelo deseable para encausar las disputas, al mismo tiempo que un hilo unificador de los políticos más prominentes de la república. El duelo daba un marco racional a la resolución de conflictos en un espacio político competitivo, con configuraciones cambiantes y en proceso de ampliación. Los valores caballerescos contribuyeron a la legitimación de un dirigente y eran esperados en sus acciones por una opinión pública que seguía expectante los enfrentamientos. Al inicio de la carrera política o cuando estaba en discusión el liderazgo, o cuando la injuria acarreaba una violencia excepcional, el duelo no sólo era necesario sino que rara vez se trataba de evitar.

Por su parte, en el capítulo ocho se analiza la compleja y heterogénea red discursiva que existía sobre el duelo, recuperando las discordias y la intensidad del debate. En sintonía con la opinión oficial, la Iglesia Católica mantenía firmemente su oposición al duelo. Criticismo que nació en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y que estaba representado por José Manuel de Estrada y su libro *El Duelo*. Allí, Estrada construye un argumento contrario al duelo a partir del derecho y considera que el mismo es una expresión de la justicia por mano propia, de la supervivencia de la vindicta privada. Por el otro lado, como argumentaban autores de manuales ensayistas pero también muchos jueces y abogados de entonces, el duelo era una conquista de la civilización. El argumento más poderoso para legitimar el duelo era precisamente aquel que lo oponía a la venganza. La publicidad y la opinión pública fueron quizás las causantes más invocadas y más diversamente entendidas por estas voces discordantes para defender la existencia del duelo.

Finalmente, el capítulo nueve nos muestra la pérdida de visibilidad del duelo a medida que avanzan los primeros años del siglo veinte. Pero más aún, Gayol señala especialmente la disminución de su significación social y política. La misma no puede explicarse solamente por la implementación exitosa de una ley que reprimiera el duelo y persiguiera a los duelistas. Su ocaso se entiende por la confluencia de transformaciones culturales sociales y políticas. Entre las razones de la pérdida de popularidad del duelo el advenimiento de la primera guerra mundial ocupa un lugar especial. Una conflagración de tal magnitud, tendiendo

como epicentro aquellos países tan mirados e imitados por la elite vernácula, hizo de pronto parecer a los duelos como algo irrisorio. Donde antes se veía coraje, aparecía ahora el egoísmo. Si sangre debía derramarse, no era ya para lavar alguna ofensa personal, sino para honrar a la patria en peligro. Efectivamente, luego de la guerra se propagó un clima antiduelo que partía desde Europa y tuvo sus ecos en la Argentina. Las palabras asociadas al duelo pasaron a tener otros significados. Al mismo tiempo, el honor devino en una noción que remitía a la honradez y al comportamiento correcto, por sobre todas las cosas. Devino, pues, en un signo y un símbolo de autoconciencia más que de reputación. De esta forma, los cambios políticos y sociales ya en los años veinte, privaron al honor y al duelo de su base cultural y le quitaron así el rol crucial que había desempeñado en la construcción de la distinción y del ordenamiento tanto social como político para la cual habían sido convocados en la Argentina moderna.

Honor y duelo en la Argentina moderna es un muy buen libro. Sólido en sus aspectos eruditos y formales, ampliamente basado en evidencias históricas concretas, y muy bien escrito. Seguramente el lector atento encontrará aspectos que le hubiese gustado que se desarrollaran un poco más. Pero eso también es ponderable para un texto motivador como este. La autora no tiene la pretensión de agotar el tema. Deja planteadas preguntas e interrogantes a través de las páginas, que permitan a otros historiadores retomarlas. Mientras tanto, Gayol nos deja un trabajo histórico destacado, sobre un periodo y un tema del que vale la pena ocuparse.

María Cecilia Zuleta. Los extremos de Hispanoamérica. Relaciones, conflictos y armonías entre México y el Cono Sur, 1821-1990. México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Acervo Histórico Diplomático, 2008.

Alejandro Simonoff
Instituto de Relaciones Internacionales
Facultad de Derecho
Departamento de Historia
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata
asimonoff2000@yahoo.com.ar

La tarea de describir una relación particular, como en este caso las relaciones de México con el Cono Sur, plantea una serie de incógnitas que deben